

la defensa de Constantinopla, á suministrar diez galeras por un año cuando se le requiera para ello, á escitar á los príncipes europeos á socorrer al emperador, y por último, á hacer que abordan á Constantinopla todos los barcos que trasladaban á Jerusalem peregrinos.

Entonces se celebró el oficio cantando el *Credo* con el *Filioque*; pero los abrazos y la reconciliación, engañosa tal vez por parte de los grandes que la estipulaban, no debían tener efecto alguno respecto del pueblo y del ínfimo clero, tan ignorantes y fanáticos que hubieran preferido Mahoma al papa. Así es que injuriaron á los preladados á su vuelta, y éstos se retractaron, porque sentían renacer su conciencia ó su orgullo. Ninguno de ellos quiso admitir el patriarcado: después cuando se encargó de él Metrofanos, metropolitano de Cizico, el pueblo rehusó comulgar en union suya (1444). Escomulgáronle los otros tres metropolitanos de Oriente, esto es, los de Alejandria, Antioquia y Kiof, y murió de pesadumbre. Tres años permaneció vacante su silla: por último, Gregorio Melixenes fué promovida á ella casi por fuerza.

Al verlos alimentar tanto odio, porque los unos llevaban la barba larga y los otros corta; porque éstos consagraban pan ácido y aquellos fermentado, se hubiera creído que se trataba de gente puesta al abrigo de profunda paz, mientras la cimitarra otomana amenazaba sus cabezas. Amurates perdonó á Juan Paleólogo el haber solicitado una cruzada, pero acometió á sus hermanos; redujo á Neri Acciajouli á someterse, y penetró por el hexamilon en el Peloponeso, devastándolo todo: luego incendió á Corinto, se apoderó de Patras, hizo á Constantino tributario por la Lacedemonia, á Tomás por la Acaya, y se llevó sesenta mil esclavos.

Constantino era para el emperador su hermano predilecto. Como Juan no tenía hijos, resolvió declararle por sucesor suyo, aun cuando Constantino era menor que Andrónico y Teodoro. A pesar de las disensiones continuas heredó el título de emperador efectivamente (1448), y abandonando el Peloponeso á las pretensiones rivales de aquellos de sus hermanos que habían sobrevivido, se encaminó á Constantinopla. Empleó las pocas riquezas que poseía en granjearse amigos. Quería casarse con la hija del dux de Venecia; pero los grandes no hallaron conveniente esta alianza, y se dió la preferencia á la hija del príncipe de Georgia, quien pagó este honor á precio de oro: el dux conservó memoria de este desaire.

**Constantino XII.**—Introdujo Constantino la mayor sencillez en su corte, y cambió en soldados los siete mil halconeros de sus antecesores. Al recorer sus posesiones de Asia, avasalló al príncipe de Caramania, que se había sublevado (1452): luego construyó en la orilla europea del Bósforo una fortaleza correspondiente á la que Bayaceto había levantado en la orilla del Asia, á fin de interceptar toda comunicacion con el mar Negro, de donde procedían las subsistencias. Dióla por una alu-

sion piadosa la figura de una *M*, y empleó en su construcción los restos de los templos y de los palacios, y tanto número de esclavos, que se terminó en tres meses.

Mahomet había prometido la paz al emperador griego, hasta señalándole tierras para que mantuviera ó más bien guardara á Orkan, hijo verdadero ó supuesto de Bayaceto. Ahora bien, Constantino hizo la imprudente amenaza de soltarle: entonces Mahomet, no considerándose ya obligado á cumplir sus promesas respecto de aquel que quebrantaba las que había empeñado, dejó que se hicieran incursiones en el territorio griego, y llevó allí á pastar á sus animales. Como el emperador apasionara á los invasores, Mahomet le declaró la guerra, voto y testamento de su padre. Constantino, cuyo valor había sido refrenado hasta ahora por las consideraciones pusilánimes de sus ministros, hace entonces que Constantinopla sea cerrada á los turcos que entraban en ella libremente. Algunos pajes de Mahomet, que se habían quedado dentro de las puertas, le suplicaron que les mandara cortar la cabeza, si no les permitía volver al campamento antes de ponerse el sol, tanto miedo les infundía su soberano. Constantino los despidió á todos y envió á decir á Mahomet: «Puesto que ni los juramentos, ni los tratados, ni la docilidad, bastan para asegurar la paz, proseguid vuestros proyectos: yo en el Señor confío. Si él ablanda vuestro corazón, lo celebraré mucho; si le place someter á vuestro poder á Bizancio, me someteré á su voluntad sin lamentarme, pero viviré y moriré defendiendo á mi pueblo.

Mahometo mandó fundir en Adrianópolis nuevas piezas de artillería de sitio, bajo la dirección del húngaro Orban, que se había desertado del servicio de Constantino, y entre su número se encontraron piezas tan desmesuradas, que fué necesario para trasladar una del taller al campo el tiempo de dos meses, cuatrocientos hombres y sesenta bueyes. Las balas que disparaba tenían mil y doscientas libras de peso, si hemos de dar crédito al azoramiento de los vencidos y á la vanidosa arrogancia de los vencedores. El turco estableció un puesto de cuatrocientos genízaros para exigir un tributo de todas las naves que pasaban bajo el fuego de sus baterías. Habiéndose negado un buque de Venecia al pago, fué echado á pique de un solo tiro: el capitán y treinta marineros, que se habían salvado á nado, fueron muertos ó arrojados á las fieras.

Ardía Mahometo en deseos de apoderarse de Constantinopla. A media noche hizo llamar á su primer visir (1453), quien creyéndose perdido le llevó un gran plato de oro, y su señor le dijo: «¿Qué significa esto? Yo no te pido oro, lo que te pido es Constantinopla. ¿Ves estas almohadas? Toda la noche las he estado revolviendo de un lado á otro: me levanto; vuelvo á acostarme; pero huye de mí el sueño. Valemos más que los romanos, y con la ayuda de Dios, nos apoderaremos

muy en breve de Constantinopla.» Mahomet andaba por las calles de noche prestando oído á lo que decían sus soldados, para conocer sus disposiciones, y no cesaba de examinar los planos de Constantinopla y de estudiar los lugares donde debía establecer sus baterías y por donde era mejor escalar los muros. Finalmente el 2 de abril de 1453 se presentó ante las murallas de la plaza con trescientos mil hombres y trescientas velas.

Constantinopla no encerraba más de cuatro mil novecientos setenta romanos, con dos mil genoveses y venecianos: un escaso número de buques, tanto de guerra como de comercio, defendían la cadena del puerto. Estos eran los únicos defensores que contaba una ciudad de diez y seis millas de circuito. No se habían escuchado las súplicas del emperador en Europa, donde los príncipes se hallaban completamente divididos, y disgustados por otra parte á causa de la mala fe de los griegos. Sin embargo, á pesar del crisma, Nicolás V aspiró á reunir sus fuerzas y las de los demás Estados; pero ya había pasado el tiempo en que la piedad y la esperanza de adquirir el paraíso, escitaban el entusiasmo, y en que los pontífices hablando en nombre del cielo irritado, reprendían á los monarcas por sus faltas y les imponían la obligación de tomar la cruz. Los príncipes de la Morea permanecieron indiferentes ó poseídos de espanto. Dentro de la misma ciudad los griegos tenían horror á aquellos latinos que arriesgaban por ellos su vida; y una misa celebrada por el legado del pontífice con pan ácido y agua fría, fué objeto de universal escándalo hasta el punto de escitar aquel espíritu de resistencia, cuya energía languidecía en presencia de los peligros de la patria. Algunos, bajo pretexto de ortodoxia, rehusaron prestar ayuda á Constantinopla: otros muchos abandonaron á la patria en peligro; otros no quisieron consagrar á salvarla aquellos tesoros que hubieran bastado á colocar un millon de soldados entre los baluartes de Bizancio y la artillería de Mahomet.

Solo Constantino acreditaba el valor y la prudencia de un héroe patriota, secundado por Juan Giustiniani, genovés, que mandaba la plaza, se disponía á ilustrar con un fin glorioso los últimos instantes de un imperio, que á lo menos no se extinguiría desapercibido como el de Occidente (7). Pero empezaba á escasear la pólvora, los cañones eran de pequeño calibre, y no se atrevían á descargar los mayores por miedo de que se desmoronasen las decrepitas murallas: á la par estaban asestadas contra ellas catorce baterías turcas, que dañaban por su número, aunque estaban mal dirigidas. Hubieran tenido los cristianos mayor ventaja sobre el agüa, á causa de la superioridad de sus buques y de sus maniobras; pero apenas se presen-

(7) Franza, presente al sitio y muy bien informado, como gran logoteta, es la mejor autoridad que puede consultarse.

taron algunos buques genoveses para proteger á la reina de dos mares.

No pudiendo llegar Mahomet á forzar la cadena del puerto, estremadamente gruesa, recurrió á un espediente que se inclinaria uno á tener por fábula, si no estuviese atestiguado por la historia, y fué introducir sus buques por tierra (8). Este puerto está formado por un golfo que penetra por entre la ciudad y el arrabal de Gálata, detrás del cual se alzan algunas colinas. Mahomet pensó en trasladar por allí sus buques ligeros. De consiguiente, habiendo comprado la connivencia de los genoveses, mandó abrir un camino de cuatro á cinco millas, y disponer allí manteca de cerdo y rodillos para arrastrar primero y después hacer que resbalaran ochenta galeras de treinta y de cincuenta remos. Esta maravillosa travesía se ejecutó en una noche con todas las velas desplegadas, al son de instrumentos, y así la escuadra se halló dominando á la ciudad estupefacta. Este éxito tan maravilloso aumentó el valor de los turcos, quienes nada creyeron ya imposible y abatió enteramente el de los griegos. Giustiniani formó el proyecto de incendiar de noche aquella escuadrilla; pero los genoveses descubrieron la trama, y el terrible cañon de los turcos echó á pique su nave con ciento cincuenta valientes italianos. Hallábanse abiertas muchas brechas y agotadas las municiones; ya no había esperanza de socorro, y sin embargo no era menos ardiente la discordia con motivo del culto y á consecuencia de las rivalidades nacionales. Mahomet, que mandaba cortar la cabeza á todos los prisioneros hechos en las salidas, halló en sus observaciones astrológicas, que el veintinueve de Mayo sería el día propicio para dar el asalto. Preparáronse los musulmanes con ayunos, abluciones y fuegos de artificio; Mahomet prometió el gobierno más rico al primero que subiese á la brecha, doble paga á los soldados, sin contar los prisioneros y todas las riquezas del pillaje, declarando no querer para sí más que las murallas y los edificios;

(8) Gibbon no recordó otros ejemplos anteriores. Sin hablar de la expedición fabulosa de los argonautas que llevaron sus buques á hombros desde el Ister hasta el Adriático, vemos en Tucídides lib. IV, 8, que los espartanos condujeron sesenta buques por el istmo de Leucades. Anibal enseñó á los tarentinos á conducir los barcos sobre carretas hasta el puerto (POLIBIO, VIII, al fin). Augusto hizo trasladar una vez los suyos al otro lado del istmo de Nicópolis, y otra vez mas allá del de Peloponeso. (DION, libro L y LI. Cuando los normandos asediaron á Paris en 861 y en 885, arrastraron sus barcos á distancia de dos mil pasos para que flotasen sobre el Sena *Ann. Metenses*, apud BOUQUET VIII). El patricio Nicetas, en el siglo X, trasladó su escuadra por encima del istmo del Peloponeso (FRANZA lib. III, 3.) Otro tanto hicieron los cruzados en el sitio de Nicea. Catorce años antes de la toma de Constantinopla, los venecianos habían hecho pasar su escuadra desde el Adige hasta el lago de la Garda: ahora bien, este hecho pintado por el Tintoretto en la biblioteca de San Márcos, pudo sugerir á Mahomet II la idea que ejecutó.

en cuanto á los cobardes, declaró que no se salvarían aunque tuviesen alas.

Los cristianos llevaron en procesion á la Virgen Maria dirigiendo al cielo suplicantes oraciones. Habiendo reunido Constantino á cuantos valientes le quedaban, les animó á pelear hasta lo último, derramaron lágrimas, se abrazaron mutuamente, recibieron el Viático en la iglesia de Santa Sofia y prometieron caer con la patria; valor tanto más admirable cuanto que era sin esperanza. El ataque empezó á la una de la madrugada con grande efusion de sangre: á las ocho, parte de Constantinopla se encontraba ya en poder del enemigo. Justiniani se portó valerosamente hasta el momento de ser herido (9). El genizaro Hasan plantó el primero en los baluartes el estandarte de la media luna y pereció allí. Constantino peleaba á caballo y estimulaba á los suyos; pero cuando vio perecer á la patria, esclamó: *¿No habrá un cristiano que me corte la cabeza?* y lanzándose en medio de la pelea cayó atravesado de golpes. Entonces los griegos emprendieron la fuga, y penetrando los turcos por todas partes comenzaron la carnicería; pero pronto la sed del botín sucedió á la de sangre, y algunos barrios de la ciudad fueron admitidos á capitular. Una poblacion entera, en la que se encontraban confundidas y niveladas las clases en una esclavitud comun, llenaba el aire con sus alaridos: ricos, pobres, virgenes, matronas, monjas, sacerdotes, en número de más de sesenta mil, fueron llevados á los bajeles turcos, vendidos y abandonados á la brutalidad de los bárbaros. Los navios italianos que aun se encontraban cerca de la cadena del puerto pudieron escaparse, después de haber dado pruebas de valor, y de salvar además algunos desgraciados que los imploraban desde la orilla. Multitud de cuadros y lienzos fueron quemados y pisoteados, así como las bibliotecas, que intacto conservaban el depósito del saber antiguo.

La cabeza del heróico emperador, cuyo infortunio es más glorioso que los triunfos de tantos de sus predecesores, fué clavada en la columna de pórfido construida por el primer Constantino á su madre Elena: tres días después Mahomet entraba en Constantinopla. Admirado de aquella magnificencia, cuando vió el palacio imperial saqueado y manchado de sangre, exclamó con un poeta persa: *La araña ha tendido su tela en la morada de los reyes, y la lechuza ha cantado por la noche en los techos de Afrasiab.* Con un golpe de su ferrada maza, rompió en el Atmeidan la cabeza de una de

(9) Franza cuenta que se retiró entonces á pesar de las súplicas de Constantino, que le hacia observar cuán necesaria era su presencia, y que se retiró á Chio, donde murió al poco tiempo. Esta cobardía, capaz de deshonrar una vida heróica, es admitida sin dificultad por Gibbon y por otros. Pero es de notar que el mismo Franza dice no haber sido testigo del hecho, habiéndole enviado el emperador á otra parte. ¿De quién se tiene, pues, la noticia?

las tres serpientes que formaban la célebre columna, y pocos días después inundó aquella plaza con la sangre de los más ilustres personajes, atraídos por el pérfido anuncio de un generoso perdon.

No le quedaba á Constantinopla más que su admirable posicion; pero era bastante para que se la prefiriese á Brusa y Adrianópolis. En efecto, Mahomet, que le llamaba un diamante engastado entre dos esmeraldas y dos zafiros, estableció allí su residencia en la misma colina elegida por Constantino el Grande. Queriendo observar la capitulacion, aseguró á los griegos sus iglesias, con la facultad de celebrar allí sin ser turbados los oficios, los sacramentos, los funerales; é instituyó al patriarca griego Genadio, remitiéndole el pastoral con los honores de costumbre. Pero como podia proceder á su antojo, en la parte de la ciudad que habia tomado á viva fuerza, convirtió en mezquitas las ocho iglesias que se encontraban allí; entre otras Santa Sofia, y desde las torres, trasformadas en minaretes, se entonaron cantos de alabanza á Alá y las siete oraciones. Construyó los castillos de los Dardanelos, derribó las murallas de Gálata por la parte de tierra, volvió á levantar las de Constantinopla, donde trasladó del Asia cinco mil familias musulmanas; y además, cada vez que tomaba una ciudad en las estremidades del imperio, hacia pasar los obreros y artesanos al Bósforo.

La toma de Constantinopla tenia por resultado colocar en Europa un Estado bárbaro; pero no aumentaba sino en poco las posesiones de Mahomet, dueño ya de todo el territorio imperial. Los reyes de Bonia y los príncipes valacos eran sus tributarios. La Moldavia obedecía á príncipes independientes; la Servia quedaba á los Brankovitz; Atenas y Tebas á príncipes particulares: la Creta, Negroponto y sus islas á los venecianos; la Morea estaba dividida entre ellos y los dos hermanos del emperador, Tomás y Demetrio; Rodas pertenecía á los caballeros de San Juan; Chipre á los reyes latinos; Lesbos á los Gattilusi; Cefalonia y Zante á la familia Tocco; Caffa á los genoveses, que en 1406 la habian vuelto á tomar de los tártaros; la Crimea á un kan particular. La Albania estaba dividida entre los venecianos y Scanderbeg. Mahomet dirigia una mirada de envidia sobre todos estos países, y sin concederse un momento de descanso se mostró digno del título de conquistador (*Ale Tatch*) que le habia sido adjudicado.

Se le oyó pronunciar en la mezquita de Constantinopla, este juramento soberbio, repetido después en todas las del imperio: «Yo Mahomet, hijo de Amurates, sultan y gobernador de Baram y de Rachmael, elevado por el Dios supremo, colocado en el círculo del sol, cubierto de gloria más que ningun otro emperador, feliz en cuantas cosas emprendo, temido de los mortales, poderoso en las armas por las oraciones de los santos que están en el cielo y del gran profeta Mahoma, emperador de los emperadores, y príncipe de los príncipes que existen desde Levante á Poniente, prometo al

único Dios, creador de todas las cosas, por mi voto y juramento no conceder el sueño á mis ojos, no comer manjares delicados, no procurarme nada agradable, no tocar nada hermoso, no volver la cabeza de Occidente á Oriente, hasta que no haya derribado y pisado por mis caballos los dioses de la nacion, dioses de madera, de cobre, de plata, de oro ó en pintura, que los discípulos de Cristo han hecho con sus manos. Juro esterminar toda su iniquidad de la superficie de la tierra desde Levante á poniente para gloria del Dios Sabaoth y del gran profeta Mahoma. Por tanto, hago saber á todos los circuncidados, súbditos míos, que creen en Mahoma, á sus jefes y auxiliares, que si temen á Dios fundador del cielo y de la tierra y mi invencible poder, acudan á mí.»

Con un ejército reunido de esta manera, quitó Atenas y Tebas con la vida á Francisco Acciaiuoli, Lesbos y Focea á Nicolás y Lucio Gattilusi. Se contentó con imponer un tributo de doce mil ducados á los dos déspotas del Peloponeso (1436-62); pero en sus mútuas enemistades, recurrieron al conquistador, que ocupó el país, jurando por Mahoma, por los siete imanes, por los ciento veinte y cuatro mil profetas, por su cimitarra, por el alma de su padre, de no atentar á los bienes, ni á las personas, y dejar como custodio (*derbent*) del istmo, un griego del Peloponeso, costumbre que se ha sostenido hasta la insurreccion de nuestros días.

**Epiro.**—Jorge Scanderbeg, que con el título de soldado de Cristo, era el jefe de una liga de príncipes latinos de la alta Albania, hizo frente á Mahomet, con sus intrépidos *mirádas*. Habiéndole enviado el sultan á pedir su maravillosa espada, le respondió que era preciso enviarle el brazo que la manejaba. Alfonso de Aragon envió á su socorro á Raimundo de Orlaffa, con gran cantidad de víveres. En cambio Scanderbeg fué en persona á libertar á Fernando de Nápoles sitiado en Bari (1462). Se le concedió en recompensa San Pedro en Calatina, pequeña ciudad de la Pulla, donde se estableció la primera colonia albanesa, y después Trani, Siponto y otras ciudades del monte Gárgano. No pudo obtener socorros más considerables de Italia, que no obstante tenía tanto interes en sostenerle. De vuelta á su patria, Scanderbeg la defendió hasta el último momento (17 Enero de 1467) de su muerte. Su nombre resonó aun en las canciones epirotas; y sus enemigos le tenian en tanta estima, que los genizaros llevaron sus huesos engastados en los anillos. Pero con él desapareció la fortuna del Epiro, que al momento fué avasallado por Mahomet. La caballeria de Scanderbeg entró al servicio de Italia, donde se mostró temible bajo el nombre de *estradiotas*. Aquellos habitantes del país que no quisieron sufrir el yugo turco, pasaron al territorio asignado á su héroe en la Pulla, y sin cesar llegaban otros nuevos al monte Gárgano, implorando pan, un abrigo y seguridad para su culto. Se dedicaron al cultivo, y sus descen-

dientes aun conservan su primitivo idioma, el rito griego, el traje y usos nacionales. *Bailan* aun las desgracias de su antigua patria, y hasta la revolucion, hubo en los ejércitos napolitanos un regimiento real macedonio.

**Bosnia.**—La Bosnia, que se habia separado de la Iglesia romana en el siglo XII, se habia reunido á ella en 1340, aun cuando quedaban muchos patarinos. Estéban Tomás se habia hecho rey de allí, bajo los auspicios del papa, y pagaba tributo al sultan (1415). Mahomet, á quien este reino impedía invadir la Hungria y la Alemania, atacó al hijo y asesino de Estéban (1463), que abandonado por los patarinos, se rindió al gran visir, á condicion de conservar la vida. Esta restriccion desagradó á Mahomet: en su consecuencia, un mufti persa dió un *fetwa* para dispensarle de guardar la fe jurada al infiel, y hasta con su propia mano le dió el golpe mortal.

**Ragusa.**—Ragusa, sometida en otro tiempo á los servios, libre después bajo la proteccion ó alianza de Venecia y de los húngaros, estaba gobernada por cuarenta y cinco senadores elegidos entre la nobleza, y por los siete miembros del pequeño consejo ejecutivo que presidia un rector anual. Después de la batalla de Varna, se resignó á pagar un tributo anual de mil ducados á la Puerta, con la condicion de que le dejaria su independencia. Así continuó subsistiendo esta república que fué la primera que dió asilo á los fugitivos de Constantinopla, y dió á la imprenta la primera tragedia regular, así como el primer libro de comercio (10).

**Servia.**—Habíase emancipado la Servia de la dominacion griega por obra de Estéban Boislav, que fundó allí la dinastia de los Neémanos (1009). Estéban Douchan VIII (1333-56) dió un código á sus compatriotas (11), hizo tributaria la Bulgaria,

(10) La tragedia, por Menze, fué impresa en Venecia en 1500; el otro libro, obra del aritmético Gotugli, fué tambien impreso en Venecia.

(11) Por este código se ve que la nacion se componia del clero, de los nobles y de los campesinos siervos, sin propietarios libres. Prohibe contraer matrimonio sin la bendicion sacerdotal, prohibicion que no existia en la Iglesia antes del concilio de Trento. El clero está exceptuado de toda jurisdiccion secular. El que persiste en la religion católica, después de los reiterados avisos del clero griego, es pasible de la pena de muerte. Los feudos pasan á los colaterales hasta el hijo del tercer hermano, y están libres de toda carga, excepto del diezmo y del servicio militar. La injuria hecha por un noble á otro, ó á un campesino, necesita una composicion de cien perperos (zequies); el campesino que injuria á un noble, es marcado y condenado á una multa. Al culpable de violacion se le cortan las manos y las narices; á los adúlteros las narices y las orejas; al que vende un cristiano para ser trasladado á un país de infieles, la mano y la lengua. El noble que tenga conversaciones deshonestas pagará cien perperos, el villano doce, además de una pena aflictiva; trescientos por un homicidio involuntario; se le cortarán las manos al asesino. El noble que dé muerte á un villano, pagará mil perperos;